



## PERDER EL SUR

José Cruz



## CARTAPACIO

---

### PERSONAJES

YO  
SEÑORA  
SEÑOR  
MARTA  
CHICO  
CHICA  
ÉL

*A Marta... quiero decir, Irene Mazariegos,  
a José Bustos... quiero decir, Yo.  
Y a mi socio John Ramírez.  
¡Gracias por vuestro apoyo!*

(INTRO) Ahora tendría que oírse una voz, decir mi nombre, mi edad... pero solo soy un tío que mira por una ventana desde una habitación vacía. Me fijo en todo, lo pienso todo... varias veces. Como preocupado porque suene bien. Como si alguien, cualquiera, me estuviera leyendo la mente...

### 1. EL ÁTICO (Y LA AGENCIA)

*(Supongo que todo empezó aquí mismo, quiero decir, en el ático. YO mirando por la ventana mientras aquel matrimonio entra y sale de las habitaciones.)*

SEÑORA.- Precioso.

YO.- ¿Sí?

SEÑORA.- Pensé que era mi marido. ¿¡Eduardo!?

SEÑOR.- Aquí, Lidia.

YO.- Sabía que les iba a gustar.

SEÑOR.- ¿Estos muebles se quedan?

YO.- Si les vienen bien...

SEÑOR.- ¿Te gusta?

SEÑORA.- Es precioso.

SEÑOR.- Una locura.

YO.- Una buena inversión.

- SEÑOR.– Podríamos hacer como el resto, ya sabe, comprarnos otro chalcito en la sierra y bajar de vez en cuando para ir al teatro o a cenar. Pero eso acabaría conmigo. ¿Tú cuántos años tienes?
- YO.– Veintiocho.
- SEÑORA.– Como Susana. Susana también tiene veintiocho.
- SEÑOR.– Y estás harto del tráfico y del ruido...
- YO.– No vivo en el centro.
- SEÑOR.– ¿Ves?
- SEÑORA.– Susana tampoco. Nuestra hija...
- SEÑOR.– Las afueras están bien para criar a los niños. Treinta años casados y no hace carrera de mí.
- SEÑORA.– Te he dicho que me gusta.
- SEÑOR.– Lo estás oyendo. Una operación cojonuda. ¿Qué hay en la ventana?
- SEÑORA.– El cartel de la agencia.
- SEÑOR.– Te llevarás un buen pellizco.
- YO.– En realidad...
- SEÑOR.– Me alegro. Te lo has ganado. Aunque no te lo hemos puesto difícil. Dar con un par de caprichosos en estos tiempos... Pero el dinero... ¿para qué sirve?
- SEÑORA.– ¿Sí?
- SEÑOR.– Esta mujer está en Babia.
- SEÑORA.– Pensaba en el metacrilato. Podríamos poner la estantería de metacrilato ahí.
- SEÑOR.– Ya veremos. ¿Puedo descolgarlo?
- YO.– ¿Perdone?
- SEÑOR.– El cartel. Me pone nervioso. Ya siento esto como mío.
- YO.– En cuanto firmen el precontrato...
- SEÑOR.– No debe ser difícil. ¿Silicona?
- YO.– Cinta adhesiva.
- SEÑOR.– Entonces, con un tironcito...
- SEÑORA.– ¡Eduardo, por favor!
- YO.– Nos encargaremos de eso en el momento en que...
- SEÑOR.– Está un poco difícil.
- SEÑORA.– Deja al chico...
- SEÑOR.– Dame el paraguas. Estirando el brazo...
- SEÑORA.– Lo vas a tirar. Te vas a caer.
- SEÑOR.– ¿Te parezco un inútil? Me hace ilusión hacerlo yo mismo.

SEÑORA.– ¡Qué hombre!

SEÑOR.– Vosotros acabaríais hechos migas contra el asfalto. Hay que tener agilidad. Tú... ¿cuánto pesas? ¿Cuánto peso yo?

YO.– No sé. ¿Ochenta?

SEÑOR.– Ochenta. Puro acero. Toca... Esto lo da la vida. El paraguas, Lidia. ¿Cuántos metros hay hasta la calle?

YO.– ¿Sesenta?

SEÑORA.– Por favor, no le deje... ¡Señor! ¡No quiero verlo!

*(La SEÑORA se vuelve para no mirar, para no ser testigo del momento absurdo en que su marido se desploma diez pisos, en caída libre, haciéndose migas contra el asfalto.)*

SEÑORA.– El metacrilato... El metacrilato quedará perfecto con esta luz. A mí me encanta. Tenemos una casita en la costa. Para el salón se me ocurrían muchas cosas. La madera... a mí me gusta mucho la madera... pero no es muy de playa. En el chalé de la sierra es diferente. Hasta tenemos una... ¿cómo se llama?... vamos algo como de... en fin, ya me vendrá... de labradores o así... con un cristal encima.

*(Pienso ahora en ti, MARTA, preparándote poco después, aquella misma noche, para cerrar la agencia. Pienso en tu pequeño rostro ovalado, en tu sonrisa, mientras te entrego el cheque.)*

MARTA.– Estarás contento. ¡El ático! El lunes trae champán.

YO.– No veas la ilusión que me hace.

MARTA.– Podrías invitar a unas cañas.

YO.– Tengo prisa.

MARTA.– Tú siempre tienes prisa y hoy es viernes. ¿Esperas a que cierre? A ver, tío, ¿desde cuándo nos conocemos?

YO.– ¿Desde hace nueve meses?

MARTA.– Cinco y medio. ¿Nos hemos ido de cañas alguna vez? No. En un par de semanas, me ponen en la calle. Seguramente no me vuelvas a ver el pelo.

YO.– Esta ciudad no es tan grande.

MARTA.– Por eso. Si nos cruzamos, ¿qué nos decimos? Que a los dos nos va de puta madre...

YO.– Va a ser distinto si nos tomamos unas cañas...

MARTA.– Al menos, me preguntarás por mis padres y yo te diré: ¿todavía sales con Raquel?

YO.– ¿Qué Raquel?

MARTA.– Ay, hijo, no sé. Raquel, Mónica, Silvia... la tía con la que estás liado.

YO.– ¿Eso piensas?

MARTA.– Tú no estás mal.

YO.– Me refiero a las cañas.

MARTA.– Mira, en dos semanas tenemos algo de qué hablar cuando te traiga el café por la mañana.

YO.– ¿No hablamos tú y yo?

MARTA.– De lo mal que está el mundo...

YO.– Si fuéramos amigos...

MARTA.– Nos ahorrábamos el corte de cruzarnos en la cola de un cine y no decir ni mu. Además, tampoco hablamos una barbaridad.

*(Hablar, hablar...)*

SEÑORA.– Es como de labradores o así... con un cristal encima... Pero con esas vistas al mar... Le convencí. Metacrilato. Te sientas a tomar un vino y parece que estás en un palacio. Con tanta luz... Esto es un poco así. Por eso pienso yo que la estantería... Es precioso.

YO.– ¿Sí?

SEÑORA.– Pensé que era mi marido. ¿¡Eduardo!?

SEÑOR.– Aquí, Lidia. ¿Estos muebles se quedan?

YO.– Si les vienen bien.

SEÑOR.– ¿Te gusta?

SEÑORA.– Es precioso.

SEÑOR.– ¿La oyes? Una operación cojonuda. Te llevarás un buen pellizco.

YO.– En realidad...

SEÑOR.– ¿Qué hay en la ventana?

SEÑORA.– Es el cartel, Eduardo... la agencia.

*(Me anticipo a su intención y descuelgo sin dificultad el letrero de "SE VENDE". Suena ese teléfono inoportuno que te apresuras en contestar. Le doy al tipo el cartel de "SE VENDE".)*

SEÑOR.— Tienes iniciativa.

MARTA.— Es Jesús. Para ti.

YO.— ¿Jesús? No... Todavía no me he marchado. ¿Las llaves de Mayor 34? (*¿Dónde están las llaves de Mayor 34?*)

MARTA.— Las tienes en la mano.

YO.— Claro, Jesús... Sí, estoy en ello. A ver dígame... dime.

*(Le escucho por inercia. Como siempre. Sin interrumpirle. Quizá al día siguiente le contará lo de la venta... y aquel punto extravagante de la pareja.)*

SEÑOR.— ¿Has traído la cámara de fotos?

SEÑORA.— Sí. La tengo en el bolso. ¿Le importaría?

SEÑOR.— Es una costumbre...

YO.— Pónganse los dos, junto a la ventana.

SEÑOR.— No, no...

SEÑORA.— Queremos que salga usted, ¿entiende?

SEÑOR.— Sostenlo en alto, que se vea bien.

YO.— ¿Así?

SEÑOR.— Estupendo.

*(Sostener el cartel de "SE VENDE", como sostenerte la mirada).*

MARTA.— ¿Qué coño miras?

YO.— Sé más de ti de lo que piensas.

MARTA.— ¿Sí?

YO.— Quieres ser actriz, vives en un piso del centro con tres gilipollas y estás quemada en esta oficina.

MARTA.— Hablo demasiado.

SEÑORA.— Tiene usted muy buen tipo.

YO.— Gracias.

SEÑOR.— Llegarás lejos. Si no se te cruza una por el camino...

SEÑORA.— ¡Eduardo!

SEÑOR.— Es broma, Lidia.

YO.— Tengo que llevar estas llaves a donde Jesús. ¿Te apetecen esas cañas?

MARTA.— ¿Qué más sabes de mí?

YO.— Siempre dejas que te inviten en los bares... Audrey.

MARTA.— ¿Qué me has llamado?

YO.– Audrey. ¿Qué pasa?

MARTA.– Te estoy esperando para apagar la luz.

YO.– ¿He dicho alguna gilipollez?

MARTA.– Sí. Nunca he querido ser actriz.

SEÑORA.– Sonría. ¡Pa-ta-ta!

YO.– Pa-ta...

*(Entonces me dejas a oscuras y, después, apagas la luz...)*

## 2. TÚ (MARTA)

*(... pero sigo viendo tu rostro, tu pequeño rostro ovalado. ¿Cómo sería iluminado por un foco que lo aislara de toda esta mediocridad? Tal vez como un gorrión. Un gorrión oscuro en el negativo de una fotografía.)*

MARTA.– Me parece que te lo conté. Fui a medir un piso con Jesús. No intentó nada. Menos mal. *(Esto es una historia, no un chiste.)* Después de pasarnos dos horas con la cinta métrica, estamos en la calle y... ¡joder, me he dejado la carpeta y las notas arriba! Hay que volver. Subo. Sola. Ya puestos, me entretengo yendo de habitación en habitación. Imagino cómo fueron los que alguna vez vivieron allí. Hay sombras en las paredes. No exactamente sombras... huellas... de los cuadros, de los muebles... Cuando se queda una casa vacía, uno se da cuenta de hasta qué punto están sucias las paredes... Total, estoy allí y suena el teléfono. El de la casa. ¿Qué hago? ¿Y si es Jesús desde alguna cabina? Llevo diez minutos aquí como una tonta. “¿Sí?” No es Jesús. Preguntan por Ramón. Una mujer. “Se ha confundido. No, aquí no vive...” Lo mismo me está hablando del antiguo inquilino. No recuerdo si se llamaba Ramón. “No, ya no vive aquí”. Esta mujer parece nerviosa. Repite mi respuesta y... “¿Oiga?” Supongo que este número de teléfono es el único rastro que tiene del tío. ¿Le doy una dirección? ¿Un móvil? Lo tengo que tener apuntado en algún sitio. Vale. No es lo correcto. No lo hago. Ni siquiera le digo que soy de una inmobiliaria... “¿Oiga? ¿Está bien?” Quiere pedirme un favor. Que le diga si... “¿si todavía hay una mancha roja, como de mermelada reseca, en la pared de la cocina?” Me está explicando con claridad dónde se en-



cuentra... “Espere.” Dejo el teléfono en el suelo y me voy a donde me dice. Vuelvo. “¡Es verdad! Hay unas manchas pequeñas. Parece que alguien intentó limpiarlas y no pudo. De nada, buenas tardes”. Fin. Soy lo peor pero... ¿qué crees que pensé? Pensé que aquella tía era algún lío que ese Ramón había tenido, que un día él se la había follado en la cocina, mientras desayunaban, y que las tostadas habían volado hasta la pared y que ella, por alguna razón, recuerda perfectamente eso... las manchas. Fijo que se pasaron días y semanas haciendo bromas sobre aquello... Fijo que ella las miró durante mucho más tiempo, mientras sentía que aquel tío dejaba de quererla... Y fijo que, de repente, un día, se despidieron amigablemente. Pero ella vuelve de tanto en tanto al lugar del crimen con la imaginación. Supongo que le tranquilizó saber que la mancha no había desaparecido. Las personas somos así. Te digo todo esto porque sabes que solía pensar en la fragilidad de las cosas... Por eso te pedí que fuéramos amigos. Lo fuimos... ¿no?

### 3. LA CAFETERÍA

*(Un año después, en la barra. Una copa de cerveza en tus manos. Un café humeante en las mías.)*

MARTA.– Ahora me tienes que preguntar por mis viejos.

YO.– ¿Por qué? No nos fuimos de cañas nunca.

MARTA.– Sí, pero tampoco te puedo decir que me va de puta madre. ¿Tú sigues en la agencia? Anda, pregúntame por mis viejos.

YO.– ¿Cómo están?

MARTA.– ¿Sigues con Raquel?

YO.– ¿Qué Raquel? Tráeme un sobre de azúcar.

MARTA.– Es genial, ¿eh? Dos viejos conocidos...

YO.– Ex compañeros de trabajo.

MARTA.– ¿Te subieron el sueldo?

YO.– Apenas.

MARTA.– Pero te hicieron fijo...

YO.– No.

MARTA.– ¡Qué bien te queda el traje!

YO.- Gracias.

*(Te quedas callada. Te llevas la copa a los labios.)*

YO.- ¿Pasa algo?

MARTA.- La verdad es que me había imaginado una conversación menos coñazo.

YO.- Tú me dirás. Tú me llamaste por teléfono.

MARTA.- Pero esto nos pasa por... por no haber sido amigos. Quiero decir que... ahora sólo nos queda quejarnos de cómo está el mundo y yo ya no tengo tiempo de leer el periódico. ¿Qué se cuentan por ahí?

YO.- Contrataron a una chica nueva.

MARTA.- No hablo de la sección inmobiliaria. Esa la hojeo.

YO.- Deformación profesional.

MARTA.- Deformación de los cojones... No tengo que hacer caja pero gano casi lo mismo y...

YO.- ¿Buscas piso?

MARTA.- Los tres gilipollas con los que compartía casa se han pirado. Uno terminó la carrera. Otro se marchó con su novia.

YO.- ¿Y el otro?

MARTA.- Con su novio.

YO.- ¿Me traes un sobre de azúcar?

MARTA.- Si sabes de alguien que me adopte... Tú, por ejemplo.

YO.- ¿Yo? No conozco a nadie.

MARTA.- Sigues con papá y con mamá.

YO.- ¿Y tus viejos, están bien?

MARTA.- Supongo... Pero yo... ¡desesperada!

YO.- ¡Qué dramática!

MARTA.- ¿Me lo dices o me lo cuentas?

YO.- Siempre he pensado que eras una actriz cojonuda.

MARTA.- No jodas... Con la suerte que tengo, no me cogen ni para una porno. Una porno con animales. Necesito un cigarro.

*(Desapareces detrás de la barra. Por un instante, solo veré tus manos. Tus manos depositando sobre el mostrador cosas inverosímiles: un despertador, un secador de pelo, un zapato huérfano, un mechero...)*

MARTA.- ¿Vendisteis ya el ático?

YO.- ¿El ático?

MARTA.- El otro día pasé por delante y miré hacia arriba... por si había luz en una ventana. Y me acordé de ti. No sé por qué, pero te imaginé allá arriba... Pensé... aunque no haya luz... o tal vez porque no la haya... él puede estar allí, en medio de la noche, como el marinero que cuida de un faro. ¿Fuego tienes?

*(Cojo el mechero de encima de la barra. Te doy lumbre. Te acerco el zapato para que lo metas de nuevo en...)*

YO.- ¿Qué guardas ahí detrás?

MARTA.- ¿Qué va a ser? Mi maleta.

YO.- Tu maleta...

MARTA.- Sería algo eventual, ¿sabes?

YO.- Eventual...

MARTA.- Sí, te lo juro. Hasta que encuentre algo o alguien...

*(Entonces entra el CHICO. Tú no llegas a verlo pero te sobrecoges como quien atraviesa, sin querer, una tela de araña. El CHICO se sienta en una mesa que hay al fondo junto a la ventana.)*

YO.- Marta... ¿estás bien?

MARTA.- No, no estoy bien. Una vez, en la oficina, me dijiste que me comportaba como si alguien me debiera algo, ¿recuerdas? Pues... ¡sorpresa! Me lo deben. He estado hasta hace poco estudiando, preparándome, aceptando trabajos en los que no me pagaban un puto céntimo solo para tener un poco de experiencia que ofrecer... Mírame. No ha valido la pena. Y no sé cuándo, ni cómo, ni de quién voy a cobrarme la deuda pero te juro que no la voy a perdonar nunca... Así que dime: ¿sigue vacío?

YO.- ¿Qué?

MARTA.- ¡El ático, joder! ¿No lo vendisteis? Pues me alegro.

YO.- Pero Marta...

MARTA.- No te pediría nada si no estuviera... ya sabes, desesperada.

*(Intenté dar un sorbo al café, pero estaba demasiado amargo.)*

MARTA.- No pienses que quiero perjudicarte. Apenas te subieron el sueldo y no te hicieron fijo. Estamos en el mismo barco y esas cosas.

Tú con un pasaje a costa de tu familia y yo de polizonte, de acuerdo, pero la travesía es la misma para los dos. A la deriva, intentando desesperadamente... perder el sur.

YO.- ¿Perder el sur?

MARTA.- Sí. Mira, cuando alguien no encuentra su rumbo se dice que ha perdido el norte, ¿no? Pero es que nosotros no hemos tenido siquiera esa oportunidad. Nosotros estamos en el sur... pagando a plazos una brújula que, encima, ni es nuestra.

YO.- Y el ático es el faro.

MARTA.- Sí. Con una estrella diminuta en la punta. ¿Podrías conseguirme las llaves? Será algo... eventual.

*(Suena mi teléfono móvil. Pero no voy a contestarlo.)*

MARTA.- ¿No vas a contestar?

*(No.)*

*(Suspiras, te incorporas. Te sacas un sobre de azúcar del bolsillo de tu camisa. Extraes una pequeña libreta del bolsillo trasero de tu pantalón y me dejas ahí, endulzando el café, para atender al CHICO. Me invade una sensación rara, como la de quien atraviesa, sin querer, una tela de araña...)*

MARTA.- ¿Qué te pongo?

CHICO.- Una Coca-Cola. light, sin cafeína, sin hielo y sin limón.

MARTA.- ¿Con vaso?

CHICO.- ¿Qué?

MARTA.- Nada. Chorradas mías.

*(... pero YO sí lo he visto a ÉL. Salir del baño ajustándose la cremallera, volver al botellín que le ha esperado pacientemente encima de la mesa que hay justo enfrente de mí...)*

MARTA.- Es bonito el jersey.

CHICO.- Gracias.

MARTA.- Me gustan los jerseys de chico. Son grandes.

CHICO.- A mí me viene un poco estrecho.

MARTA.- Te queda bien.